

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+ "Nos sobran Luteros y nos faltan Lockes (en la imagen)."

70

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2013

NACIONALISMO ¿CUENTAS CLARAS, AMISTADES DURADERAS?

MANUEL ARIAS MALDONADO

Hace apenas unas semanas se hizo público un informe del Fondo Monetario Internacional sobre las consecuencias económicas de la amenaza secesionista catalana; su autor, Nicolas Verón, se sorprende de que debatamos en España asuntos propios del siglo XVIII. Y no le falta razón. Pero quizá este economista nos esté dando involuntariamente una pista sobre las posibles soluciones al problema, una vez constatado que el problema existe. Y ello aunque la causa que lo provoque —una desagradable ideología nacionalista empeñada en nacionalizar a la fuerza la sociedad sobre la que se proyecta— pueda producirnos el mayor de los rechazos y sea difícilmente compatible con los principios básicos de una democracia liberal pluralista.

Ahora bien, ¿es que el siglo XVIII tiene algo que enseñarnos cuando de afrontar el problema catalán se trata? Pudiera ser. Recordemos que el orden civil europeo se encontró con un formidable conflicto religioso tras el éxito de la Reforma auspiciada por Lutero, cuyas consecuencias

culturales se proyectan hasta hoy. Y que esa brecha político-religiosa solo pudo salvarse desactivando, precisamente, la potencialidad política de la religión. De acuerdo con la noción de tolerancia propuesta por Locke en su *Carta* de 1689, cuyos frutos rendiría el siglo siguiente, los ciudadanos han de aceptar sus respectivas diferencias religiosas y el Estado ha de renunciar a promover ningún credo específico. Esta noción conduciría, andando el tiempo, a la idea de que las autoridades públicas han de ser neutrales respecto de las concepciones del bien y no instigar en sus ciudadanos ninguna moralidad concreta. Los asuntos religiosos se relegan así a la esfera privada. Y todos contentos. O, al menos, todos en paz.

Merece la pena preguntarse si no podríamos realizar una operación similar con nuestros nacionalismos. Ya se trate de nacionalismos históricos o regionalismos varios lanzados a una tarea mimética no por grotesca menos eficaz. Porque si establecemos el principio de que el voto de los ciudadanos en cada comunidad determinará el grado de simbolismo e identidad que están dispuestos a soportar en su vida institucional y cotidiana, con el límite establecido por los derechos fundamentales consagrados en el texto constitucional, estaremos desactivando parcialmente

la dimensión romántica del nacionalismo. Y lo que quedará por hacer es ordenar la convivencia jurídica de esos nacionalismos entre sí y con el gobierno central. Dicho de otra manera: ¿por qué no probamos a neutralizar el problema nacionalista reduciéndolo a una cuestión de números y competencias, dejando sentimientos e identidades a un lado?

Los argumentos antipáticos no siempre son desacertados. No podemos obviar que la percepción de que las rentas regionales son redistribuidas de manera injusta constituye un elemento importante de insatisfacción política, que contribuye a reforzar los sentimientos separatistas en las comunidades mejor gestionadas. Digo *mejor*, no necesariamente *bien* gestionadas; españoles somos todos. Por otro lado, es difícil no concluir que la promesa de las transferencias ilimitadas contribuye a perpetuar el desgobierno económico de las comunidades más atrasadas, que siguen siendo exactamente las mismas.

Se trata de un asunto complicado, un auténtico campo de minas moral que encuentra su eco en la esfera europea: un finlandés se siente ante España igual que un catalán ante Andalucía. Digamos que la solidaridad siempre es defendida con más fervor por quienes la reciben que por quienes la pagan; algo enteramente natural.





Pero el problema existe. Su desactivación, que contribuiría a la neutralización del antagonismo identitario, solo puede basarse en una mayor correspondencia entre rendimiento económico, recaudación y gestión de los propios recursos, sin por ello vaciar por completo de contenido una política redistributiva común a todas las estructuras federales.

Para hacer efectiva esa mayor correspondencia, la reorganización competencial debería ir acompañada de una claridad política y fiscal hoy inexistente. Ahora nadie sabe exactamente quién paga qué a quién, de resultados de qué actividades económicas originadas dónde; de ahí la quejilla de los economistas en torno a las balanzas fiscales. Y de ahí que puedan hacer fortuna eslóganes tan desafortunados como el *España nos roba*, convertido, de un tiempo a esta parte, en el gran *bit* del independentismo catalán. En este contexto, muchos ciudadanos bienintencionados, pero seguramente desinformados, aplican al sistema de financiación autonómico aquello que el filósofo libertario Anthony de Jasay decía de la redistribución *in toto*: “El rasgo común general de estas transacciones es que en *puridad* el Estado roba a Pedro para pagar a Pablo.” O sea, roba al catalán para pagar al extremeño; aunque el extremeño con ingresos elevados pague también, como

también recibe el catalán sin recursos. Esta percepción se alimenta de la “confusión sistemática” a la que alude también De Jasay, para quien el ciudadano ignora su posición objetiva frente al Estado debido al enorme flujo de ganancias y pérdidas que estructura su relación con él: creemos ganar así en la devolución del IRPF la mitad de lo que ya hemos pagado en IVA. Algo parecido sucede en la tormentosa relación entre las autonomías, los ciudadanos y la administración central. Y eso es un factor permanente de distorsión de las percepciones recíprocas y el debate público.

Ahora bien, alcanzar un acuerdo de clarificación competencial y fiscal que permita la desactivación del conflicto político identitario plantea los mismos problemas que la solución liberal al pluralismo religioso ha encontrado siempre: la voluntad de los distintos actores de alcanzarlo. Porque no se puede acordar la tolerancia con los intolerantes; ni cabe firmar un pacto con quienes no van a respetarlo. Son necesarias unas condiciones mínimas de razonabilidad pública y lealtad institucional; atributos que no suelen distinguir al nacionalismo. Tal es el obstáculo al que se enfrenta una solución basada en la clarificación de los términos del acuerdo competencial y fiscal entre los gobiernos central y autonómico. Es una lástima, porque gran parte de los defectos del sistema tienen su causa en el absoluto desorden con que se ha desarrollado el proceso autonómico. Y porque su reordenación responsable, incluyendo ciudadanos responsables que juzguen seriamente la gestión de su gobierno regional, podría suponer un salto de madurez de nuestra sociedad. Pero quizá nos sobran Luteros y nos faltan Lockes. —

REVISTAS PROA, NOSTALGIA DE LO MODERNO

GUADALUPE NETTEL

Es sabido que nadie puede ser escritor sin antes haber sido lector. Lo que es menos sabido es que muchos escritores han caído tarde o temprano en la tentación de editar libros o revistas. Los ejemplos

sobran y van desde Milton, Queneau o Breton hasta Bioy Casares, Reyes y Paz. A diferencia de los libros, las revistas literarias, por importantes, valiosas e inteligentes que hayan sido en su momento, tienen casi siempre una existencia efímera. Fuera de los archivos de algunas hemerotecas universitarias, resulta muy difícil para un lector acceder a ellas una vez que han salido de circulación. En el mundo hispano es muy raro, casi milagroso, que las revistas literarias se reediten. Debemos celebrar entonces que Rose Corral y Anthony Stanton, ambos investigadores de El Colegio de México, hayan rescatado la mítica revista *Proa*. Se trata de una edición facsimilar de la segunda época de la publicación que fundó y editó Jorge Luis Borges entre 1924 y 1926, constituida de quince números. Verla con su diseño a dos tintas, sobrio y al mismo tiempo coqueto, muy de los años veinte, provoca asombro. Sin acusar el paso del tiempo en el color de sus páginas, resulta hoy casi sobrenatural. Al hojearla, uno no puede sino preguntarse qué tiene esta revista para que haya valido la pena reeditarla más de ochenta años después y qué datos puede arrojar, por simple comparación, acerca de nuestro tiempo.

En un hermoso estudio preliminar que nos orienta por sus índices y sus páginas, Stanton y Corral explican que *Proa* tuvo dos épocas. Durante la primera, constituida apenas de tres números, fue un tríptico —muy semejante a la revista española *Ultra*— que se distribuía gratuitamente en las librerías y a los amigos. Poco tiempo antes, el joven Borges había pasado un año viajando por Europa, donde estableció contacto con las vanguardias españolas. Junto a Jacobo Sureda, Juan Alomar y Fortunio Bonanova suscribió un manifiesto ultraísta publicado por la revista *Baleares* en 1921.

La segunda época fue más larga y también más glamorosa. Al timón de la nave seguía Borges, acompañado de Ricardo Güiraldes, mecenas de la revista, Alfredo Brandán Caraffa y Pablo Rojas Paz. Desde el primer número, los fundadores describieron así su horizonte: “*Proa*

surge en medio de un florecimiento insólito: jamás nuestro país ha vivido tan intensamente la vida del espíritu. La alta cultura que hasta hoy había sido patrimonio exclusivo de Europa y de los pocos americanos que habían bebido en ella, empieza a trasuntarse en forma milagrosa, como producto esencial de nuestra civilización...” Ese texto, publicado como un editorial sin firma, fue ratificado por el contenido de cada número de la revista. Basta asomarse al índice para ver el apabullante florecimiento literario de aquella época. Publican Pablo Neruda, Raúl González Tuñón, Roberto Ledesma. Pero también prosistas como Roberto Arlt y Roberto Mariani. Colaboran también artistas plásticos como Xul Solar, Pedro Figari y Adolfo Gramajo, y, por supuesto, Norah Borges. Aunque ya no era la prioridad, la presencia del ultraísmo siguió siendo vigente, sobre todo con los poemas de Guillermo de Torre y Juan Marín, pero también descubrimos al Pablo Neruda más

+Borges mirando a *Proa*.



vanguardista, no tan conocido ahora, gracias a un anticipo de su *Tentativa del hombre infinito*, largo poema unitario escrito en 1925, sin signos de puntuación ni mayúsculas.

A pesar de la constante presencia del ultraísmo en *Proa*, los responsables de la edición facsimilar explican que “el verdadero carácter de la revista se localiza en su distanciamiento de este movimiento”. La segunda *Proa* ya no se define como una revista de vanguardia sino que busca tener un perfil propio. Años después, recuerdan Stanton y Corral, Borges se expresará del ultraísmo como de una “hazaña en el tiempo” y “nuestra derrota en lo absoluto”.

La negación del ultraísmo da cuenta de la absoluta modernidad de la revista. Imposible no recordar las palabras de Octavio Paz quien decía que la modernidad se define por su tradición de ruptura: “Lo moderno es una tradición. Una tradición hecha de interrupciones y en la que cada ruptura es un comienzo [...] Esa frase encierra algo más que una contradicción lógica y lingüística: es la expresión de la condición dramática de nuestra civilización que busca su fundamento, no en el pasado ni en ningún principio inmovible, sino en el cambio.”

Ese “florecimiento insólito” del que habla el editorial del primer número, se extiende también a otros países de América Latina. *Proa* busca ser ahora un espacio para la pluralidad de opiniones. Así, desde el número 9, de 1925, la revista se propone, y con éxito, mostrar lo que ocurre en el panorama tanto latinoamericano como europeo. Es notable ese esfuerzo y sobre todo muy necesario para esos años en los que el nacionalismo era agobiante como bien lo describe Octavio Paz en *Itinerario*. Entre los grandes momentos literarios que se concentran en sus páginas está la *Crónica de España*, de Brandán Caraffa, el “Poema 8” de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda, y “El camino de España”, de Xavier Villaurrutia. Otro acontecimiento memorable lo encontramos en la primera página del número 6, de 1925, donde Borges afirma: “Soy el primer aventurero hispánico que ha arribado al libro de Joyce” y, acto

seguido, describe el *Ulises* como la maravilla que es, aunque nadie en ese entonces lo supiera. Después de ese texto brillante admite: “confieso no haber desbrozado las setecientas páginas que lo integran, confieso haberlo practicado solamente a retazos y sin embargo sé lo que es, con esa aventurera y legítima certidumbre que hay en nosotros, al afirmar nuestro conocimiento de la ciudad sin adjudicarnos por ello la intimidad de cuantas calles incluye ni aun de todos sus barrios”.

Los textos que publicó Borges, ya sean editoriales, poemas, cuentos o recomendaciones de otros autores, constituyen otras de las joyas incluidas en *Proa*. Colaborador muy activo en la revista, sobre todo con ensayos. En estas páginas es posible observar la evolución que tuvieron tanto su escritura como su pensamiento durante un año y medio. En pocas palabras, su paso del ultraísmo al criollismo. Uno de sus poemas más notables con esta temática se encuentra incluido en el número 14, de 1925, y se titula “Versos para Fernán Silva Valdés”. En “El idioma infinito”, un ensayo brillante y de impresionante vigencia, Borges lanza una invitación a sus colegas escritores: “Lo que persigo es despertar a cada escritor la conciencia de que el idioma apenas está bosquejado y de que es gloria y deber suyo (nuestro y de todos) el multiplicarlo y variarlo.”

El valor de una revista no reside únicamente en los textos que en ella se publicaron alguna vez, tampoco en el hecho de haber reunido los artículos o los poemas de un grupo de escritores, aunque sean ahora clásicos y en aquel entonces inéditos. Una revista es también una obra unitaria. Es necesario leerla en su conjunto, en sus distintos momentos, en la evolución de sus posturas estéticas y, si las tuvo, políticas. Una revista es, en buena medida, semejante a un aleph en el que se puede ver, si no todo lo que existe, sí todo lo que ocurría en una época y en un universo concreto, el de la literatura.

Si uno contempla la totalidad de los textos publicados en los quince números de *Proa*, podrá ver que tanto los poemas como los ensayos constituyen el género privilegiado. ¿Cuántas revistas literarias hay en este momento, no digamos en México sino en el mundo

hispano? ¿Qué porcentaje de páginas ocupa la poesía en las publicaciones actuales? ¿Existen publicaciones que en estos momentos dialoguen con la tradición? A cambio tenemos internet, cientos de publicaciones, blogs de revistas digitales. Una supuesta megaoferencia de la que, sin embargo, solo aprovechamos una parte ínfima; cientos de novedades en las mesas de las librerías que son retiradas de circulación a los pocos meses sin pena ni gloria y, sobre todo, un galopante síndrome de atención deficiente que está acabando con el hábito de la lectura. Tal es nuestra “posmodernidad”. Si, a pesar de ella, sigue existiendo la tradición de la ruptura de la que Paz hablaba, lo lógico, lo coherente, es que un día nos rebelamos contra ese estado de las cosas y con ello, probablemente, renacerá la poesía. —

POESÍA DE LA VIEJA A LA NUEVA ESPAÑA: LUIS CERNUDA VIŠLUMBRA MÉXICO

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

Cernuda fue un solitario hasta en esto: ser el único exiliado de su generación que queda inicialmente en Europa; por ello no coincidirá hasta mucho después con Salinas o Guillén, ya en Estados Unidos desde 1936 y 1938; ni, hasta más tarde aún, con los que marcharon al exilio mexicano en 1939: Altolaguirre, Prados, Moreno Villa, Gaya, Bergamín o Garfías.

Durante su exilio británico, volvió en numerosas ocasiones la vista a Sevilla, Andalucía y España, casi siempre con la amargura del destierro. En noviembre de 1939 emprendió la escritura de “El ruiseñor sobre la piedra”, y luego “Silla del rey” y “Águila y rosa”, los otros dos poemas que componen su trilogía sobre la España imperial (tetralogía si le sumamos “Quetzalcóatl”).

En el verano de 1941 frecuenta en Oxford a Salvador de Madariaga, quien escribió ampliamente sobre el descubrimiento, la conquista de América y la posterior evolución del Nuevo Mundo: *Cristóbal Colón* (1940),

Hernán Cortés (1941), *Bolívar* (1941), *Auge del Imperio Español* (1947) y *Ocaso del Imperio Español* (1948). Sin duda influyó el segundo de ellos, junto a otras lecturas, en el poema “Quetzalcóatl” de Cernuda, escrito en 1942, que toma como protagonista poemático, aunque no lo nombre, a Bernal Díaz del Castillo o a un similar cronista de Indias.

Su carta de 8 de enero de 1942 a Madariaga no puede ser más explícita: “Solo añado ¡qué momento único debió ser cuando Cortés ve a Moctezuma y se enfrenta con aquella tierra y gentes de leyenda! *Si hay momento alguno de la historia que quisiera haber presenciado, es ese*” (el subrayado es mío). Aún faltan nueve años para que Luis Cernuda pise México, pero es capaz de escribir versos en que confiesa cómo “embebí mi mente las leyendas / de aquellos que pasaban a las Indias”.

Cuando al año siguiente dedique unas páginas a Castilla recordará la figura de Cortés junto con la de su admiradísimo autor del *Quijote*: “Bien está que muchos hallen cifra simbólica de la grandeza castellana en ciertos hombres del pasado, hombres de acción, como Cortés, o de pensamiento, como Cervantes, pero ello no debe hacernos olvidar que por grandes que fueran, y esos dos lo fueron en extremo, solo eran exponentes de la grandeza mítica del pueblo que los produjo.”

Es conocido que el poeta sevillano se halló muy a disgusto en Glasgow, a la que dedicó ese texto amargo que es “Ciudad caledonia”. En él diagnostica un doble mal: la “divinidad de dos caras”, utilitarismo y puritanismo. Más adelante, hastiado de ese mundo, preferirá vivir en un país ajeno a esa mentalidad: México. Pero en 1943 retira de la biblioteca de la Universidad de Glasgow el volumen *Historiadores primitivos de Indias*, que incluye la *Verdadera historia de los sucesos de la Conquista de la Nueva España* (curiosamente, lo hace exactamente un año después de haber compuesto “Quetzalcóatl”, quizá para confirmar lo ya escrito en el poema, aún inédito, que aparecería publicado ese mismo año en la revista mexicana *El hijo pródigo*).



• Luis Cernuda (1902-1963).

73

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2013

Jaime Torres Bodet, secretario de Relaciones Exteriores de México, asiste a un congreso en Londres en la segunda mitad de 1945, y Cernuda tiene ocasión de hablar con él. Por su parte, Octavio Paz visita la capital británica en la segunda mitad de diciembre camino de la legación mexicana de París, adonde ha sido destinado, y lo ve a diario y le devuelve el original de *Como quien espera el alba*, que le había enviado Cernuda y finalmente publicará la editorial Losada en 1947.

Son ya muchos años de vivir en Gran Bretaña, y el clima y las precarias condiciones económicas le hacen desear partir. En la avenida Victor Hugo de París vivían Paz y su esposa, Elena Garro. Esta recuerda: “Fue en esa casa de cortinajes de sedas espesas donde llegó una tarde una carta de Cernuda dirigida a Paz. La carta venía de Londres, era tímida, hablaba de la niebla, la pobreza y la soledad. ¡Si pudiera ir a México!”

Si no a México, llega a Estados Unidos en 1947, a Mount Holyoke. El verano siguiente el mexicano Ermilo Abreu compartió habitación con el poeta en Middlebury College. Ya en aquella época en que todavía no lo había visitado mostraba un vivo interés por México. Según él, era país que vivía su historia, como Inglaterra y al contrario de Alemania o Estados Unidos.

Otras veces, Abreu le contaba leyendas mayas, así como, a petición suya, detalles de la vida, cocina y costumbres del pueblo mexicano,

todo lo cual el poeta “apuntaba muy en serio”, quizá ya con la idea de visitar el país, deseo que vio cumplido el verano siguiente. En México, antes de trasladarse a Mount Holyoke a principios de la década de los cuarenta, había estado residiendo Concha de Albornoz con su familia, que sin duda también le referiría a Cernuda diversas informaciones sobre el país. Hay que tener en cuenta, asimismo, que el poeta ya había sostenido una prolongada relación epistolar con Octavio Paz y que en México se habían publicado desde 1940 poemas suyos, amén de un artículo, en las revistas *Taller* o *El Hijo Pródigo*; también allí se publicó en 1940 la segunda edición de *La realidad y el deseo*. ¿Sabía además Cernuda que en México se encontraba Serafín, su gran amor durante los años de la República?

Es difícil exagerar el magnetismo que México ejerce sobre Cernuda: como en una relación amorosa, ve en el otro (este país al que querrá volver hasta habitar en él) características comunes y otras diferentes, reconocimiento y extrañeza, que son los pilares de la cautivación. Y lo visita por primera vez durante el verano de 1949. Cuando abandona el país en esta primera estancia, escribe a un amigo que quiere volver a “ese México, que se me ha entrado en el corazón, y donde por primera vez, desde que salí de España, no me he sentido extranjero”. Se puede afirmar que, a diferencia de los conquistadores del XVI (o como ellos también, por qué no), México lo conquista.

En febrero de 1950 escribe “El elegido”, cuyo pretexto son los sacrificios humanos aztecas y su asunto la mocoeril belleza masculina. Entretanto, como para distraer la espera hasta su ansiado viaje a México y el reencuentro con los amigos que allí viven, ha emprendido la escritura de unas piezas en prosa, y afirma que algún poema también, sobre su experiencia en el país del sur, “con imágenes de la tierra y de la gente”.

José Moreno Villa había publicado *Cornucopia de México*. También Juan Rejano había publicado *La esfinge mestiza. Crónica menor de México*. Sin embargo, el libro de Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano*, es el mejor de ellos, el menos atado a la anécdota o

lo circunstancial. Como escribió, “me enamoré de México como si fuera mi propia tierra. En realidad me gustó tanto y le tomé tanto cariño porque es para mí otra España”. *Variaciones* es, sí, un libro de descubrimiento, pero también de añoranza, escrito en la distante Massachusetts. Lo inicia el 11 de febrero, un día de pocas horas de luz solar, y no pocas líneas debieron de ser trazadas bajo la eléctrica de algún flexo o lámpara de biblioteca. Hasta el 4 de marzo compone trece piezas más, todas signadas por la nostalgia de México, una bujía que le da calidez para soportar, bien que en la memoria, el rigor del invierno de Nueva Inglaterra.

Ya tiene previsto asentarse en México varios meses en 1950. Y de nuevo cita una figura admirada por él: “Lo que hago es un disparate, pero solo un disparate puede sacarme de aquí. Otro año más en Mount Holyoke no lo conlleva mi estado de ánimo, y como Cortés (perdone la inmodestia), quemo mis naves. De aquí a febrero puedo reunir algún dinero, si nada ocurre de contrario, y como conozco el coste de la vida ahí, viviría con sólo mis recursos.” El símil con el gesto de Cortés lo repetirá en una carta igualmente de estas fechas a Moreno Villa.

En 1951 pasa seis meses en México. Luego, en el otoño de 1952 publica *Variaciones*, y regresa para establecerse en el país, donde morirá en 1963. Gracias al idioma y al amor (el de “Poemas para un cuerpo”), en esta Nueva España recobra la vitalidad perdida en Inglaterra y Nueva Inglaterra. —

FILOSOFÍA POLÍTICA “LA SOCIAL- DEMOCRACIA ES UNA RAMA DEL LIBERALISMO”

✎ JORGE SAN MIGUEL

Antonio Escotado (Madrid, 1941) ha atravesado cinco décadas de la vida intelectual del país siendo a la vez representante de su tiempo y extraño en él. El joven que renuncia a la carrera propia de un hijo de la alta burguesía madrileña, y

al que la universidad franquista intenta impedir la defensa de su tesis sobre la filosofía de la religión hegeliana. El *hippy* de primera hora que funda lo que, andando el tiempo y la masificación, será una de las grandes discotecas ibicencas. El intelectual televisivo de los ochenta y noventa, cuyo mensaje es corrosivo por igual para autoridades y portavoces del victimismo toxicómano. El estudioso de la economía y la moral que, de nuevo, cambia el paso a unos y otros a la vuelta del milenio. Escotado acaba de publicar en Espasa el segundo tomo de *Los enemigos del comercio*, su historia del espíritu comunista.

Creo que está teniendo una experiencia reveladora con algunas entrevistas en la promoción del libro. Achacable quizás a la sorpresa que aún les causa a algunos su aparente giro ideológico.

Los que éramos de izquierdas seguimos siendo de izquierdas. Ser de izquierdas en los años cincuenta o sesenta significaba humanismo, buena voluntad, esfuerzo por no ser un falsario, honradez. Teníamos compasión, claro; nos torturaba la idea de que un niño padeciese necesidad en cualquier sitio, cualquier madre desamparada... En ese sentido la izquierda no ha cambiado un milímetro. Los que hoy se dicen de izquierdas, a juzgar por sus actos y palabras, no lo son. Pero como esto es todo un juego de palabras, he preferido contar la historia paralela del socialismo democrático y el mesiánico.

Es verdad que a veces parece aflorar algo próximo a la histeria cuando se lleva la contraria a ciertos discursos, a ciertas tendencias de pensamiento.

Esto ya está en Marx. Sus textos y los de Engels abundan en chistes de grano grueso como llamar “san Bruno y san Max” a Bauer y Stirner, cuando no en insultos del tipo “lacayo” o “perro”. También les gustaba pluralizarlos —y hablar de “los Proudhon” o “los Weitling”— convertidos en “los Ebert y los Scheidemann” por Rosa Luxemburgo. Pero aun antes encuentras personajes como Marat, un académico frustrado que reacciona

editando *El Amigo del Pueblo*, un pasquín subvencionado por el Comité de Salud Pública que propone matar a los presos pendientes de juicio, “guillotinando ahora a seis mil para salvar la vida futura de seis millones”.

A diferencia del comunismo evangélico, que reserva a Dios el castigo de sus adversarios, el moderno asume personalmente ese exterminio, y limita la amistad al círculo de quienes tienen algún enemigo común. Cierta carta de Marx promete que “la burguesía pagará mis forniculosos por los siglos de los siglos”, emitiendo un conjuro mágico amparado por la fuerza del odio.

Los anales atestiguan que los distintos ensayos de promover la virtud cívica por medio del terror fueron salvajadas demolidas invariablemente por el curso del tiempo, pero la utopía se defiende por ahora del recuerdo con una especie de blindaje histérico, que podría ser un rasgo impreso en ciertos temperamentos. Retengamos el “por ahora”, que relativiza el dato y sugiere no dar por seguro ningún criterio, librando todo al libre examen de las cosas que vayan surgiendo. Al buscar precedentes concretos, el primer volumen de *Los enemigos del comercio* encuentra en la secta esenia el primer testimonio coherente de aquello que acaba siendo la “conciencia roja”. Pero bastó documentar la transición de Robespierre a Lenin, como hace el segundo volumen, para poner en cuestión que se trate de un hallazgo histórico, pues el deseo de poner últimos a los primeros podría ser un rasgo intemporal de la naturaleza humana. Requiere sin duda temperamentos como el eslavo o el latino, y topa con una resistencia insuperable en el anglosajón, aunque encuentra un término medio en la cultura judaica. Cuenta Abelardo, el escolástico medieval, que los judíos de su tiempo no vacilaban en pasar hambre para pagar la educación de sus hijos, cosa totalmente insólita, y he ahí que andando el tiempo esa prole estará a los mandos de la revolución comercial y también de la anticomercial.

A la vez, es evidente que buena parte de la producción intelectual del siglo y medio pasado procede de la izquierda.

Koestler, por ejemplo, que empieza siendo el secretario de Willi Münzenberg, padre del Frente Popular como estrategia política, que logra no sucumbir como él a la paranoia de Stalin y abre la caja de los truenos con el primer análisis de sus juicios-farsa. ¿Qué hace la izquierda del momento? Denunciar que se vendió al dinero, aunque luego escriba algunos de los mejores libros publicados entre 1950 y 1970, porque la maldición de la izquierda es la ambigüedad de venerar a Lenin mientras pretende hacer valer la honradez y la compasión. Koestler no tarda en unirse a Schumpeter, Aron, Hayek, Popper y Berlin, repugnados todos ante la historia sesgada del mundo que impone admitir la ley del progreso guerracivilista enunciada por el *Manifiesto* de 1848, mientras Sartre y la Escuela de Frankfurt evitan vivir en territorios soviéticos pero cantan las virtudes teóricas del marxismo. Relea a Adorno, sin ir más lejos, y comprobará la redicha altivez con la cual aborda todo, autonombrándose “crítico cultural” del planeta cuando su analfabetismo en materia de economía política sugiere seguir creyendo en la teoría del valor/trabajo, y confiar en la “composición orgánica del Capital”. Cualquier cosa vale para silenciar lo que está pasando en Rusia y la Europa del Este, y empieza a pasar en China o África. Ni una palabra adversa sobre Cuba.

¿Es posible un comunismo democrático? ¿Los múltiples experimentos fallidos han sido siempre accidentes?

Próximos al centenar, la historia registra ningún gobierno comunista nacido de las urnas. Esto no excluye cosa distinta en el futuro, pero toca recordar que el Terror como atajo hacia la virtud –algo intacto desde Marat a Pol Pot– no está interesado en el número de ciudadanos sino en su pureza, y monta siempre un genocidio eugenésico proporcional al control logrado sobre cada territorio. La paranoia personal de Stalin explica sus matanzas, pero basta releer la *Miseria de la filosofía*, un opúsculo de Marx escrito en 1843, para descubrir que a su juicio “la última palabra de la ciencia

social será siempre la lucha sanguinaria o la nada”. Así precisamente termina el tratadito, porque liquidar a quienes prefieren la propiedad y el comercio supone hasta el momento una proporción no inferior a nueve de cada diez ciudadanos. Incumpliendo la profecía del *Manifiesto*, tampoco el obrero industrial votó comunista en países donde representaba un porcentaje considerable de la población, y el ideal proletario se impuso justamente en el Estado menos industrializado, donde ese segmento apenas superaba el 1%. Lo notable, y olvidado por sistema, es que hubo y hay en torno a un 10% de personas dispuestas a defender la bandera roja, no definidas por su fuente de ingresos como suponía Marx pero sí capaces de alimentar el resentimiento y la soluciones simples para asuntos complejos.

Frente al dogmatismo de ciertos liberales, usted defiende que la socialdemocracia parte del tronco liberal, y la remonta nada menos que a Tom Paine. Un “traidor” primigenio al programa máximo de la Revolución y de la Restitución.

Paine solo pudo conocer a los *enragés* franceses. Bernstein, uno de los padres de la socialdemocracia, fue probablemente el primero en argumentar que el socialismo es una rama del liberalismo, o una doctrina mesiánica incivilizada. Hijo de obreros –cosa rarísima entre líderes de la izquierda– su idea de la democracia resulta muy parecida a la de Jefferson, un terrateniente libertario emparentado por sangre con la casa real escocesa. Jefferson acoge a Paine cuando regresa de Europa decepcionado por Napoleón –que sin perjuicio de ofrecerle el puesto de consultor supremo le parece un charlatán–, y a despecho de haber sido crucial para la independencia norteamericana es tratado allí como un perro por su crítica a la religión, tanto la clerical como la religión política inaugurada por los jacobinos.

Por lo demás, la naturaleza liberal del socialismo es algo que queda muy claro también en otros fundadores del SPD como Kautsky, o el propio Bebel, de quien se cuenta que oyendo hablar a Rosa Luxemburgo temía ver sus zapatos chapoteando en sangre.

Era un marxista cerrado, pero demócrata. Quizás los socialistas han escogido mal a sus héroes, como sugiere uno de los primeros lectores de *Los enemigos del comercio*, pero no otra cosa ofrecen los liberales canonizando a Rothbard.

¿Y el lugar común según el cual las “conquistas sociales” están forzadas por el ejemplo y la amenaza de la Unión Soviética?

Bismarck estableció el primer sistema de cobertura social —seguros de enfermedad, jubilación y desempleo— en la segunda mitad del siglo XIX. Y pudo ponerlo en marcha porque a pesar de organizar un pacto entre la aristocracia y la masas, para excluir a la clase media, fue ese sector quien pagó —y gustosamente— el 30 y hasta el 50% de algunas prestaciones, para evitar que la excepcional mano de obra alemana emigrase masivamente a Norteamérica, como venía haciendo. Alemania quería entonces reformas constitucionales y seguridad jurídica, porque ante todo reclamaba libertad e iniciativa, y sin el apoyo de burgueses y pequeñosburgueses las llamadas conquistas sociales se habrían conformado con quemar edificios venerables, y destruir los archivos de deuda. Al final resulta que el armonismo de Cobden es mucho más realista que la lucha de clases. A través del desacuerdo lo único que se consigue es una fantasía asentada sobre el resentimiento y la inepticia. A saber, que lo óptimo para la sociedad es desterrar al empresario. Y bien, cuando ese fabricante-inventor sea sustituido por el empleado hostil a regalar un solo segundo a la empresa ¿qué tipo de bienes y servicios cabe esperar?

POLÍTICA INTERNACIONAL

**MALALA,
HEROÍNA DE
LA EDUCACIÓN**

ÁNGEL JARAMILLO

Saleem Sinai, el héroe de *Midnight's children*, nació a la medianoche del 15 de agosto de 1947. Ese día la razón geométrica determinaba la nueva frontera teológico-política que dividía al Indostán

en dos regiones antitéticas. Contra los deseos de Gandhi, la India no emergió unificada, sino dividida. “La tierra de la pureza”, como se traduce Pakistán, no pidió permiso para surgir activa, con su promesa de hermandad islámica y su realidad de potencia nuclear. Como Sinai, Malala Yousafzai, la heroína de la educación, pertenece también a un país que nació a la medianoche.

A pesar de solo tener dieciséis años, la agenda de Malala es más activa e interesante que la de cualquier canciller del planeta. Cuando no está dando un discurso en la Asamblea General de la ONU, está en la Oficina Oval dialogando con Barack Obama. ¿Quién es esta niña? ¿Y qué nos quiere decir? Un primer intento de respuesta consiste en decir que se trata de una muchacha de la clase media de Pakistán. Un segundo intento la coloca en su contexto. La deposición del gobierno del Talibán en Afganistán por parte de Estados Unidos —esa odisea de la venganza y la justicia— llevó a varios de sus miembros a instalarse en territorio pakistaní, no lejos de la frontera afgana. Como una ley de la naturaleza, no pasó mucho tiempo para que el Talibán cerrara escuelas y privara a mujeres del acceso a la educación. Armados de una elocuencia natural, Malala y su padre utilizaron todos los foros para criticar al Talibán en una cruzada por la educación. Su éxito entre la población irritó al grupo fundamentalista.

La mañana que cambió la vida de Malala comenzó con el rezo premonitorio del muecín: el valle de Swat anunciaba la esperanza del mundo y la nieve del Hindú Kush su promesa. Un hombre, que muchos confundieron con un periodista, se acercó a un grupo de estudiantes preguntando por Malala. Poco después una bala cruzaba el rostro de Malala terminando con su infancia. El asaltante no sabía que con su ataque iba a crear a una heroína a escala global.

Nostálgica del sol de Mingora, Malala ahora vive bajo la bruma de Birmingham. Pero su verdadera patria tiene el tamaño de la tierra porque su prédica por la educación es



+ La elocuente presencia de Malala.

necesariamente global. Su sola presencia es elocuente porque su historia es improbable. Su libro —*I am Malala: The Girl who Stood up for Education and was Shot by the Taliban*— nos cuenta la historia secreta de la humanidad: la eterna danza de Eros y Tánatos. Pero es también un persuasivo alegato según el cual lo que hace falta en los regímenes de corte islámico son políticas que promuevan la ciencia y las artes —un renacimiento cultural.

El Talibán, sus gestos y símbolos, pertenece decididamente a la anti-ilustración. Si nos definimos por lo que odiamos, los hombres de hirsutas barbas que irrumpieron en la infancia de Malala no solo son logófobos (opositores de la razón), sino también erotófobos (opositores del amor). Así, el Talibán ha logrado la hazaña de ser a la vez enemigo de la Ilustración y del Romanticismo. Sus delirios puritanos pertenecen a una distopía cavernaria: un escape de la civilización hacia ningún lugar. Pero al momento que le dispararon a Malala alcanzaron su punto más bajo: el grado cero del odio. Hay algo que convoca un malestar esencial —metafísico— en la idea de fanáticos hombres armados disparándole a niñas con libros bajo el brazo.

El riesgo de Malala es convertirse en una figura sacralizada, una especie de princesa Diana del valle de Swat. Para evitar este destino, Malala tendrá que abandonar los reflectores que la han convertido en una celebridad. La lucha en favor de la educación tendrá que convertirse en su propio camino educativo. A pesar de su sorprendente madurez —sus frases en inglés son casi immaculadas—, Malala tiene aún mucho que aprender. Al fin y al cabo, solo una mujer educada puede ser una seria defensora de la educación. De otra manera, su prédica justa carecerá de sustento.—